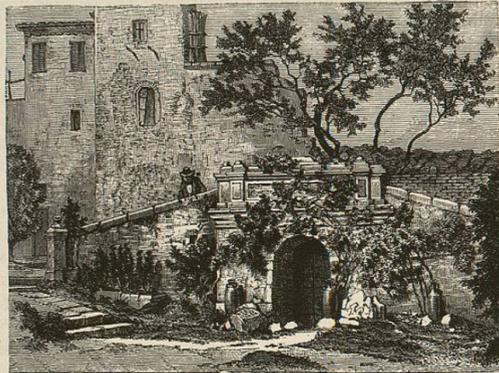


de nuevo en jaque á los cartagineses en el Sur, á pesar de su escaso talento diplomático.

Anibal vió, pues, de nuevo defraudadas sus esperanzas, precisamente en el momento en que los asuntos de Italia no eran muy favorables á su causa. Durante el año 212 habíase aprestado los romanos á atacar seriamente la ciudad de Cápua, que tanto habia sufrido con la guerra y la devastación de sus comarcas. Los cónsules Quinto Fulvio Flaco y Apio Claudio y el pretor Claudio Neron, atravesaron con seis legiones el Samnio y se dirigieron al Sur, logrando el primero derrotar en las cercanías de Benevento al cartaginés Hannon y apoderarse de las provisiones que éste conducía á Cápua. Entonces comenzaron los cónsules el bloqueo de esta ciudad, mientras Neron y Tiberio Graco con sus volones establecían sus respectivos campamentos en Suésula y en Benevento. Anibal demostró en aquella ocasion á los romanos que todavía era el gran maestro en el arte de la guerra; 2,000 jinetes



Entrada de la tumba de los Escipiones

dominar la tenacidad romana. Fulvio, Apio Claudio y Neron que se habian unido despues de la marcha de Anibal, comenzaron con 60,000 hombres á cercar la infeliz ciudad de Cápua. Los sitiadores construyeron una doble cadena de fortificaciones que ponían en comunicacion los distintos cuarteles de invierno, y protegían á las tropas, por una parte, contra toda intenciona de los sitiados y por otra, contra los ataques de un ejército auxiliar. Los capuanos no pudieron impedir la realizacion de estas obras; el terrorismo del partido contrario á Roma hizo que se despreciara la proposicion del Senado, segun la cual se respetarian la vida, la libertad y la hacienda á los que abandonasen la ciudad hasta mediados de marzo del año 211. Los procónsules Fulvio y Apio Claudio hicieron todos los preparativos para apoderarse de la poblacion, dentro de cuyas murallas comenzaban á dejarse sentir los efectos de la carestía. Por fin los sitiados imploraron el auxilio de Anibal, el cual se presentó en seguida con sus tropas ligeras y 33 elefantes en la colina Tífata, en donde se apoderó de un baluarte romano; no obstante, fracasó por completo el plan que habia concebido de romper las líneas romanas y poder de esta suerte socorrer á sus aliados. Entonces intentó, con desmedida audacia, pasar por entre las fortalezas campanias y latinas y dirigirse rectamente á Roma con el fin de introducir el terror en la capital y en el campamento de Cápua, y de obligar á los cónsules á levantar el sitio de esta ciudad. Pero tambien este intento se estrelló ante la sangre fria mostrada por los romanos. Cierito que Anibal consiguió llegar al Anio, entre Túscolo y Tibur,

africanos que, á las órdenes de Hannon y Bostar, habia enviado á Cápua, derrotaron, con el auxilio de la caballería de Campania, á la caballería romana. Anibal, durante su marcha desde Tarento á Campania, no encontró enemigo alguno: el ejército de Tiberio Graco se habia disuelto, cuando, á consecuencia de la astucia de un lucanio, cayó el excelente general en poder de los cartagineses. Los cónsules no quisieron aceptar la batalla que Anibal les ofrecía en las cercanías de Cápua, antes al contrario retrocedieron hácia el Sur y hácia el Oeste. En su retirada al través de la Lucania, Anibal destruyó el ejército de M. Centenio, quien con 8,000 regulares y otros tantos voluntarios hacia en esta comarca la guerra en pequeña escala, y poco despues derrotó de tal manera en Herdonea al pretor Cneo Fulvio, hermano del cónsul, que se encontraba en la Apulia con 18,000 hombres, que solo 2,000 romanos pudieron escapar de la derrota.

A pesar de esto, el gran general no habia podido todavía

atravesar aquel rio, acampar á la vista de la capital itálica y aproximarse con sus escuadrones númeradas á sus murallas; mas á pesar del espanto que se apoderó de los habitantes, el Senado conservó toda su energia: Roma tenia entonces fuerzas suficientes para no temer una invasion, y además se habia ordenado á Fulvio que con solos 16,000 hombres se dirigiese á la ciudad desde la Campania, con lo cual no se abandonó el sitio de Cápua. Los romanos no quisieron, sin embargo, aceptar una batalla campal. Anibal, con la esperanza de que Cápua habia quedado libre ó de que por lo menos habia sido fácil á sus habitantes intentar una salida, dirigióse á los pocos dias de nuevo hácia el Sur, no sin haber devastado las comarcas de los sabinos, marsos y pelignos, y derrotó nuevamente á las tropas romanas que por todas partes le seguian; pero pronto hubo de convencerse de que no se habia roto el círculo de fortificaciones que tenían encerrada á la ciudad de Cápua. Entonces no tuvo mas recurso que abandonar la capital campania á su destino.

Cuando el Senado de Cápua se decidió á entregar la ciudad á los romanos, prefirieron treinta de los ciudadanos mas prclaros envenenarse, pues sabían que no habia que esperar misericordia de Roma y mucho menos del cruel vencedor Fulvio. Los romanos quisieron vengar la desercion, acabar al propio tiempo con la rivalidad que de antiguo existía entre Roma y la orgullosa ciudad campania; y por último debilitar la posicion de Anibal en Italia, haciendo constar de un modo sangriento que todo el poder de este cartaginés no era bastante para proteger á sus aliados contra la venganza de los

romanos. Fulvio envió á Cales y á Teanum á los senadores de la ciudad sojuzgada, y una vez allí, siguiendo los infames usos romanos, mandó azotarles primero y luego decapitarles. Asimismo fueron asesinados los que se hallaban al frente de las ciudades de Atella y Calacia; centenares de ciudadanos de estas dos poblaciones y de Cápua cayeron en poder de los romanos que los redujeron á la esclavitud, siendo vendidos como esclavos con sus familias, todos aquellos que desde el año 216 habian luchado contra Roma ó habian desempeñado algun cargo oficial. En cuanto á la plebe, hubo de trasladarse allende los límites de la Campania. Cápua, Atella y Calacia fueron declaradas, con sus territorios, dominios señoriales de Roma; y la antigua capital campania se vió, además, poblada por arrendatarios, libertos y esclavos que, sin organizacion municipal, se hallaban gobernados por un prefecto romano.

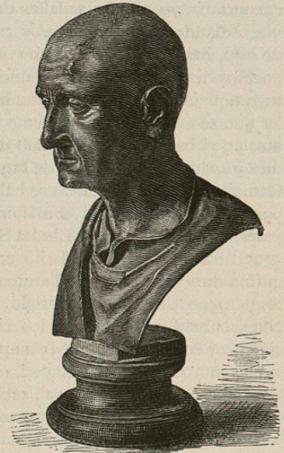
Así recibió un golpe mortal la causa de los cartagineses: el cálculo que se habian formado los romanos de que, tomada Cápua, quedarían destruidas las hordas que en la Baja Italia estaban en relaciones con Anibal, se cumplió en todas sus partes. Por doquiera se levantó de nuevo el partido adicto á Roma; la confianza que habian puesto los itálicos en las fuerzas y sábia direccion de los cartagineses disminuyó notablemente, y todas las municipalidades que no se habian comprometido de un modo desesperado y sanguinario contra Roma procuraron hacer la paz con el Senado, aun cuando para ello hubieron de entregar villanamente á sus aliados púnicos. Anibal, que no queria debilitar su ejército dejando guarniciones aisladas, amenazadas de traicion, ni podia destruir simplemente las ciudades insostenibles, abandonó una parte de las conquistas hechas en la Baja Italia y se limitó á conservar únicamente las comarcas del Brucio, del Sur de Lucania y de Tarento. Mientras con firme perseverancia esperaba la llegada de Asdrúbal, el cual, en todo caso tenia que atravesar toda la península itálica para reunirse con él, sirvióle aquella posicion de campamento fortificado, desde el cual atacaba enérgicamente á los romanos, que por fin pudieron, á pesar del temor que les inspiraba su poderoso enemigo, proseguir sus trabajos militares. Ambos beligerantes sabían perfectamente que el éxito decisivo dependía de los acontecimientos de España; por lo cual la guerra de Italia se proseguía con cierta indiferencia. Sin embargo, no faltaron, naturalmente, algunos hechos de armas, en los cuales se contrabalancearon las pérdidas y ventajas de unos y otros.

XIV.—MUERTE DE MARCELO. PUBLIO CORNELIO ESCIPION. ESCIPION CONQUISTA Á NUEVA CARTAGO

Mientras en 210 el renombrado cónsul Marcelo proseguía como general en jefe la reconquista de la Baja Italia y libraba contra Anibal, en Numistro, una sangrienta pero no decisiva batalla, el general cartaginés destruía en Herdonea de Apulia al ejército del procónsul Cneo Fulvio Centumalo, que murió con 11,000 de los suyos. En cambio, en la batalla que en 209 libró contra Marcelo, en una montaña de las cercanías de Canusium, salió derrotado el cartaginés, y tuvo además la desgracia de que mientras en el Brucio rechazaba á los romanos de Reggio, los hirpinos y lucianos se pasaron á Roma, y el anciano Fabio Máximo pudo recobrar, por medio de una traicion, la ciudad de Tarento, que por una traicion igualmente habia sido perdida. Entonces terminó para siempre el bienestar de esta ciudad griega: los invasores romanos se cebaron en la guarnicion y en los habitantes; la ciudad fué saqueada, 30,000 ciudadanos fueron vendidos como esclavos, y el Estado romano pudo apoderarse de 3,000 talentos. Entre las muchas obras del arte griego que los romanos se llevaron como botin, alcanzó posteriormente gran

importancia histórica la columna rostral de la diosa Victoria (*adveniens*), cuando Augusto la colocó en el altar de sacrificios de la Curia Julia, sala de sesiones que mandó construir para el Senado. En cambio, los romanos perdieron al mas bravo de sus generales, Marcelo, que, elegido cónsul en 208, pereció en un reconocimiento sin importancia alguna, que trabó con la caballería númerada en la comarca de Venusia. Anibal, que á pesar de la enemistad que profesaba á los romanos usaba en la guerra para con los generales itálicos de un caballerismo y cortesía que nunca supieron practicar éstos, siguiendo el ejemplo que habia dado en anteriores victorias, mandó enterrar el cadáver de su valiente adversario con todos los honores militares. Entonces, y contra lo que él mismo y los romanos esperaban, se vió de repente, favorecido por la suerte hasta el punto de tener la próxima esperanza de terminar la guerra con ventaja para Cartago.

En el año 211, cuando Claudio Neron habia llevado á cabo á medias solamente la tarea que le habia sido confiada, y en Africa se hacían grandes esfuerzos para enviar por fin á Italia á Asdrúbal y á Masinisa, el Senado romano dispuso confiar la direccion de la guerra hispánica á un general con atribuciones de procónsul que debia llevar consigo grandes refuerzos y que, en vista de las extraordinarias circunstancias, habia de ser nombrado por el pueblo. En un principio nadie quiso aceptar tan honorífico cargo, hasta que se presentó un aspirante, jóven de 24 años, ex-edil, que no tenia aun la edad necesaria para desempeñar elevados cargos. Era este el natural vengador de los Escipiones, el hijo predilecto de Publio, llamado Publio Cornelio Escipion; y á él confiaron contentos el pueblo y el Senado la importante jefatura. Este general, merced al agradecimiento de sus contemporáneos y quizás al homenaje poético y político del mundo romano y de los posteriores historiadores adictos á su familia, está envuelto en un verdadero nimbo de admiracion. La posteridad antigua no olvidó nunca que conquistó la gloria de haber derrotado al hasta entonces invencible Anibal y de haber puesto fin á los horrores de esta sangrienta guerra. Dióse tambien gran importancia en Roma el hecho de que de su sangre salieron los nobles jóvenes que dos generaciones despues llevaron á cabo el gigantesco trabajo de la reforma interior de Roma. El entusiasta y jóven héroe, cuya suerte fué mayor que sus dotes militares, en las cuales no logró superar ni con mucho á Marcelo, era para sus contemporáneos un personaje en extremo simpático, en el cual tenían puestas sus esperanzas muchos que sentían renacer de nuevo la confianza y el entusiasmo. Noble, audaz, bello, valeroso y de afable trato; lleno de fe en su buena estrella; dotado de inteligencia bastante para unir á su persona los intereses del pueblo; hombre de elevadas miras, de superior espíritu de apreciacion y de gran energia, que unía á la fuerza romana la educacion helénica; tal era Escipion, simpática figura, ilustre general, que, con muy raras excep-



Escipion el Africano (Nápoles)

ciones, alimentó en su alma, durante esta guerra de muerte y horrores, sentimientos de humanidad y de magnanimidad que hasta entonces habían sido poco menos que desconocidos.

Publio Cornelio Escipion fué, pues, enviado á España como procónsul (invierno de 211 á 210) acompañado del experto guerrero y propretor Marco Silano y de su íntimo amigo, el almirante Cayo Lelio, provisto de cuantiosos recursos pecuniarios y al frente de un ejército de 11,000 hombres. Al llegar al territorio hispano, fué dado inaugurar su carrera de general con un brillante hecho heroico; pronto supo también captarse las simpatías del ejército romano que en España se encontraba, y conocer las faltas de los generales cartagineses que, odiándose mutuamente y estando algo separados uno de otro, habían exasperado con su codicia y crueldad á los pueblos hispanos de cuya reconquista se trataba. Escipion tuvo noticia de que los tres caudillos enemigos, de los cuales uno se encontraba al extremo Sudoeste de la península, otro en el bajo Tajo y el último en el alto, distaban más de diez jornadas del arsenal y de la gran plaza fuerte de Nueva Cartago y que esta fortaleza se hallaba únicamente defendida por una guarnición de 1,000 hombres. En su consecuencia y después de dejar en el Ebro á Silano con 3,000 infantes y 500 caballos, y mientras Lelio conducía la escuadra en la misma dirección, salió de Tarraco al frente de 25,000 infantes y 2,500 jinetes y se dirigió á marchas forzadas hacia Nueva Cartago. Cuando á los siete días apareció con su ejército y con su escuadra (35 buques) delante de los inexpugnables muros de aquella ciudad, ordenó á la escuadra que hiciera una demostración naval, rechazó con éxito una salida de los sitiados, y simulando un asalto por la parte del Norte, con gran temeridad, dió el verdadero ataque por el Oeste, aprovechando la hora de la baja mar y atravesando la playa con otra parte de su ejército hasta llegar á la fortificación, por aquel lado mal defendida. Los romanos, una vez dueños de la ciudad, destruyeron cuanto á su paso encontraron, hasta que el comandante les entregó la ciudadela. Luego comenzó por parte de los soldados el sistemático saqueo, durante el cual, sin embargo, como era uso, una mitad del ejército permaneció sobre las armas. El botín así de dinero como de víveres, material de guerra, buques y prisioneros que habían de ser vendidos como esclavos, fué inmenso, y tan provechoso que todos los rehenes que de las tribus hispánicas tenían los cartagineses cayeron en poder de Escipion, el cual al darles la libertad en la forma más cortés y delicada, consiguió quebrantar el prestigio de los cartagineses más de lo que lo había hecho con su brillante victoria. Escipion, además, en vez de vender á los habitantes de la ciudad conquistada, dió muestras de su clemencia, devolviéndoles la libertad que creían perdida.

XV.—ASDRÚBAL SE DIRIJE Á ITALIA. ASDRÚBAL EN ITALIA. DERROTA DE LOS CARTAGINESES EN EL METAURO

De regreso á Tarragona, Escipion, cuyo mando había sido prorogado por el Senado por tiempo indefinido, reorganizó su ejército; licenció la escuadra y agregó las tripulaciones de los buques al ejército de tierra, con lo cual se creyó bastante fuerte para cerrar á los cartagineses el paso de los Pirineos y al propio tiempo para atacar y apoderarse del Sur de España. Al obrar así cometió una gran falta que la suerte de la guerra no le permitió enmendar incontinenti. El Bárcida Asdrúbal quiso á toda costa dirigirse con grandes fuerzas hacia Italia, y cuando Escipion le alcanzó en Bercula, en las comarcas mineras que se extienden al Norte de Castulon y del alto Betis y le obligó á librar una batalla, Asdrúbal, al ver el mal giro que tomaba la acción y después de

haber sufrido grandes pérdidas, emprendió la fuga y, abandonando á los romanos el honor de la victoria, se dirigió con su caja, con sus mejores tropas y con los elefantes, hacia el alto Tajo. Escipion no quiso perseguirle prefiriendo proseguir la obra de conquistar para Roma á los pueblos hispánicos y pensando en renovar las negociaciones de alianza con Sifax. Poco después, ardía en cólera al saber el punto en donde de nuevo apareció Asdrúbal.

El general cartaginés, con una serie de hábiles movimientos, había sabido ocultarse á la vista de los romanos, y poco á poco se había dirigido hacia el Occidente lusitano. Después, describiendo un círculo completo en torno de las posiciones romanas, marchando aparentemente hacia el Océano, penetró en la Galia por los pasos occidentales de los Pirineos que no estaban defendidos. Los detalles de esta expedición y el tiempo que Asdrúbal hubo de emplear en ella, nos son poco menos que desconocidos, así como el conjunto de la cronología de las luchas hispánicas desde la muerte de los dos Escipiones. Solo se sabe á ciencia cierta que los romanos, á fines del año 208, supieron por conducto de sus fieles masiliotas que un nuevo ejército cartaginés se aproximaba á los Alpes.

La angustia del Senado fué grande, llegándose hasta el punto de desesperar de la salvación de Italia. Los últimos años de guerra habían mostrado claramente á los gobernantes de Roma que no ya la fuerza individual y el material de guerra, sino la capacidad científica de gobernar y los recursos pecuniarios de la Italia romana, decrecían de una manera notable y que la fuerza expansiva del pueblo estaba en visible decadencia. La abnegación de las clases pudientes estaba ya más que explotada; los soldados más considerados, tales como los oficiales subalternos y los jinetes, servían hacia mucho tiempo sin percibir sueldo; el pueblo estaba cada vez más cansado de guerras que cada año le arrebataban la juventud, asolaban las comarcas y despoblaban de tal manera el territorio, que en muchos puntos se veía completamente abandonada la agricultura, teniéndose que importar cereales del exterior, sin que á pesar de todo se consiguiera librar una batalla decisiva contra Aníbal, ni se lograra poner término á tan larga y costosa guerra. Además, mientras los nobles á cuyas manos estaba confiado el gobierno de la república, con incansable tenacidad querían terminar la lucha solo con una victoria segura y decisiva, las ciudades que gozaban del derecho latino, en Etruria y en el Lacio, en el territorio de los marsos, y en la Campania meridional, tales como Ardea, Nepete, Sutrium, Alba, Carseoli, Sora, Suesá, Circeyos, Setia, Cales, Narina é Interamna, se oponían abiertamente en Roma á las levas de hombres y á los impuestos de guerra. El Senado se hallaba tanto más comprometido, cuanto que se sabía que ya en la época de la muerte de Flaminio la inquieta comarca de Etruria capitaneaba cierta agitación producida por las cargas de la guerra. En tal estado, fué una verdadera suerte que los representantes de la mayoría de las ciudades y colonias de derecho latino (Signia, Norba, Saticula, Fregelle, Luceria, Venusia, Brindisi, Hadria, Firmum, Ariminum, Cremona, Plasencia, Cosa, Pontie, Pestum, Benevento, Esernia y Spoleto) manifestasen por boca de M. Sextilio de Fregelle que se hallaban dispuestos á secundar con todos sus medios los planes de los romanos. El Senado fué bastante prudente para no castigar á las municipalidades disidentes, contentándose con despreciarlas y abochornarlas, colmando de honores á las que á todo sacrificio se prestaban. En cambio la excitación apareció tan peligrosa en Etruria, en donde ya había producido en 212 algunos chispazos, y especialmente en Aretium, que, por fin, dominado el complot que se había tramado, la comarca hubo de sufrir en 208 una guarnición de dos legiones.

En tales circunstancias, el Senado se mostró, con razón, muy disgustado contra Escipion, por haber permitido que Asdrúbal saliera de España, pues era de presumir que al siguiente año se habrían, por lo menos, duplicado las fuerzas de los cartagineses en Italia. No obstante, se hicieron con toda energía los aprestos necesarios para proseguir una lucha que parecía tomar los caracteres de decisiva. Mientras surgían augurios de toda clase y se aplacaban los funestos presagios con actos del más cruel fanatismo; mientras se celebraba una gran fiesta propiciatoria, durante la cual una solemne procesión se dirigió desde el templo de Apolo, atravesando toda la ciudad, al templo de Juno, situado en el Aventino, para hacer allí los debidos sacrificios; y mientras 27 vírgenes vestidas con largas túnicas cantaban un himno compuesto por Livio Andrónico en honor de la diosa, puso el Senado en pie de guerra, haciendo un llamamiento á todas las fuerzas, 23 legiones, en las cuales entraron esta vez los contingentes de la mayor parte de las colonias marítimas, y dispuso que regresaran á Italia una parte de las tropas y de los mercenarios que se encontraban en España y en Sicilia.

La dirección de la guerra durante el año 207 se confió á los mejores generales que había tenido Italia desde la muerte de Marcelo: tales fueron el audaz Claudio Neron, biznieto del cónsul Apio Claudio, y el valiente Marco Livio Salinator, alejado desde hacía mucho tiempo (no se sabe si por su culpa) del servicio público, y que hubo de reconciliarse ante todo con Neron, con el cual estaba personalmente enemistado. Cuando llegó la primavera del año 207, no pudieron los romanos contener al ejército de Asdrúbal en la Alta Italia. Mientras el cónsul Neron con 40,000 infantes y 2,500 jinetes se dirigía á Venusia para detener la marcha de Aníbal, y, á pesar del combate trabado en Grumentum, no podía evitar que el cartaginés llegara hasta la comarca de Canusium, en donde se vigilaban mutuamente romanos y cartagineses; Asdrúbal, que se encontraba en el Norte, y que, con las levas de celtas é hispanos, había visto elevarse su ejército á 60,000 hombres, atravesaba sin obstáculo los Alpes, compraba los servicios de 8,000 ligurios, llamaba á las armas á las masas de celtas de la Alta Italia, y después de sitiar sin éxito la fortaleza de Plasencia, tomaba el camino que debía conducirle á Ariminum. Su plan consistía en reunirse, en la umbria Narni, con Aníbal, y marchar después juntos hacia Roma; pero la mala suerte de Cartago quiso que el parte que enviaba Asdrúbal á su hermano cayera en poder de los romanos no lejos del campamento de este último. Entonces se mostró Claudio Neron á la altura de las circunstancias: en efecto, al instante envió á la capital una legión que estaba acuartelada en Cápua, ordenando en cambio que dos legiones de reserva que se encontraban en Roma, partiesen á toda prisa para Narni, y tomó el atrevido acuerdo de dejar en la Apulia, y con el intento de engañar á Aníbal, solo una parte de su ejército. El mismo se dirigió secretamente con sus mejores tropas (7,000 infantes y 1,000 jinetes), y auxiliado enérgicamente por los itálicos, á los cantones de las costas orientales, y desde allí, y torciendo hacia el Norte, á Sena Gálica, en donde se encontró con su colega Livio, que estaba al frente de cuatro legiones. Entonces se consideró necesario ante todo derrotar á los cartagineses antes de que Aníbal tuviese tiempo de retroceder. Asdrúbal, que se había aproximado á las posiciones de los romanos, tuvo noticias de la llegada de Neron; mas como no sabía á punto fijo cuál era la situación de Italia, quiso evitar el encuentro con los cónsules, y á este efecto emprendió de noche la retirada. Harto confiado, sin embargo, en la fidelidad de sus capitanes, se vió á la mañana siguiente atacado por los romanos al tratar de vadear el río Metauro, y obligado á trabar un sangriento combate

con tropas cansadas y en situación muy desventajosa, pues la mencionada corriente le cortaba toda retirada. Sin embargo, dispuso sus soldados en perfecto orden de batalla, colocando en el ala izquierda, y en una posición inaccesible, á los celtas, y en la derecha á los ligurios é hispanos con 10 elefantes. Neron, al ver que el ala derecha de los romanos, mandada por Livio, nada conseguía sobre su enemigo, abandonó las posiciones que ocupaba en frente de los celtas y se dirigió á la extrema izquierda de su colega para atacar á los hispanos; y como los celtas, lejos de aprovecharse de este movimiento, solo cuidaron de embriagarse, Neron pudo llevar á cabo su mortífero ataque contra los hispanos. Asdrúbal buscó y encontró la muerte en una reñida escaramuza de caballería; el ejército cartaginés quedó, bajo el punto de vista militar, completamente destruido, siendo esta batalla para Cartago lo que para Roma había sido la de Canas. Ciertamente que los romanos tuvieron grandes pérdidas; pero el pueblo tenía motivos para entregarse al júbilo y al entusiasmo, y el Senado pudo fundadamente ordenar una fiesta de gracias que duró tres días. Italia estaba salvada, y la guerra podía decirse decidida á favor de los romanos. Aníbal se sintió descorazonado al saber el resultado de la batalla del Metauro, noticia que la crueldad de los romanos le hizo saber, arrojando á los pies de las avanzadas del campamento de Canusium la ensangrentada cabeza del desgraciado Asdrúbal. Dos prisioneros cartagineses que Neron envió á Aníbal participaron á éste la manera cómo habían quedado defraudadas sus esperanzas. «Ahora veo clara la suerte de Cartago» hubo de decir aquel grande hombre, lleno de pesadumbre, cuando vió la cabeza de Asdrúbal. Incontinenti se retiró al Brucio, sin que le quedara más recurso que paralizar, con el prestigio de su nombre, como paralizó todavía por espacio de cuatro años, la libertad de acción de los romanos.

XVI.—GRECIA. GUERRA MACEDONIO-ETÓLICA. FILOPEMEN

La consecuencia inmediata de la gran catástrofe del Metauro fué que la guerra comenzó en Italia á perder en intensidad. Mientras el pueblo respiraba de nuevo en todas partes y se entregaba otra vez, lleno de esperanzas, á los trabajos de la paz, y mientras el Senado se dedicaba á la reorganización del país é instruía muchos procesos políticos contra aquellos itálicos que durante la crisis habían mostrado simpatías hacia los cartagineses, Aníbal no se manifestó por de pronto muy abatido y pudo, permaneciendo en una enérgica defensiva, y gracias á la influencia de su personalidad, mantener constantemente unido su heterogéneo ejército.

Terminada tan felizmente la guerra en España, hicieronse posibles grandes sucesos. Durante la ausencia de Asdrúbal, Escipion había podido extenderse cómodamente, puesto que Magon con sus tropas y Asdrúbal, hijo de Giscon, habían huido, el primero hacia las Baleares y el segundo al apartado Occidente. En el año 207 se presentó en España un nuevo ejército procedente de Africa á las órdenes de Hannon, reuniéndose de nuevo en el Sur de España los otros generales; mas cuando el legado Marco Silano hubo derrotado á los ejércitos reunidos de Magon y de Hannon y hubo hecho prisionero á este último, distribuyó Asdrúbal Giscon su ejército en una serie de ciudades fortificadas, de las cuales solo pudieron conquistar una los romanos. Con inauditos trabajos consiguieron los cartagineses poner en 206 en pie de guerra un nuevo ejército compuesto de 32 elefantes, 4,000 jinetes y 70,000 infantes, estos últimos pertenecientes en su mayor parte á las milicias hispanas; pero Escipion consiguió sobre estas tropas una nueva victoria en Bercula, cuyo éxito fué debido á su gran talento militar. El ejército enemigo se dispersó por completo, y los car-